

¿HASTA CUANDO, SEÑOR...?

La llegada de un nuevo siglo y milenio, pese a ser una simple convención, suscitaron ciertas esperanzas sobre la posibilidad de que nuestro mundo, en el futuro, iba a ser distinto. El paso a una nueva etapa despertó la ilusión de que en ella podría alcanzarse una sociedad mas perfecta. Los síntomas eran sugestivos: el enfrentamiento de las grandes potencia se había transformado en colaboración; los conflictos bélicos, que nunca cesaron, estaban circunscritos o acotados en determinadas áreas menores no peligrosas y, de alguna forma, controlados por los más poderosos. Este mundo parecía entrar, por fin, en una evolución positiva que terminaría, en algún momento, por conformar y aglutinar a una sociedad justa y feliz.

La esperanza, la ilusionante esperanza, no ha durado mucho. Cuando mas descuidados estábamos, quizá excesivamente inmersos en esa obsesiva actividad que mueve la economía, y preocupados sólo por esos incontrolados e insoportables ciclos de recesión, que nos hacen pasar de una sosegada tranquilidad a una inquietante incertidumbre, unos locos suicidas provocan que la sociedad se conmueva hasta sus cimientos y de nuevo el fantasma fratricida del crimen, de la guerra, nublen el horizonte de ese mundo al que, inútilmente, aspiramos con creciente ansiedad y permanente decepción.

Uno se pregunta, angustiado, qué extraño gen, que tendencia diabólica, que invencible enemigo se ocultan en el alma humana, para que

con tanta constancia entorpezcan o impidan una evolución hacia un estado mejor, hacia una convivencia en paz, justa y duradera.

Hace ya mas de dos mil años que Jesús, caminante infatigable por todos los caminos y senderos de su tierra, con voz grave y dulce, difundió la doctrina capaz de transformar al hombre. Sus palabras, aún audibles a través del tiempo, no han logrado modificar, sin embargo, la mayoría de nuestros comportamientos e ideas. No hemos acertado a ver, o no lo hemos querido, que en ellas se encuentran la solución a todos los conflictos, la semilla de la paz y el logro de la felicidad. Desgraciadamente, estamos sordos para oírlas y, aún cuando las escuchemos, somos torpes y egoístas en exceso para entenderlas y asumirlas.

Causa pavor y desesperación comprobar cómo, en la propia tierra por la que anduvo incansable, proclamando la buena nueva, todavía persisten la lucha cainita y la guerra infame, destruyendo vidas, sin otras causas que el odio irracional y absurdo... ¿Hasta cuando, Señor, tanta locura?

Miguel Molina Rabasco